



II Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población

Guadalajara, México, 3 – 5 de Septiembre de 2006

**La demografía latinoamericana del siglo XXI
Desafíos, oportunidades y prioridades**

Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa.

Marina Ariza

IIS-UNAM

ariza@servidor.unam.mx

Orlandina de Oliveira

El Colegio de México

Mesa 03. Hogares y Familias

Sesión 03.2. Familias e hogares na agenda sócio-demográfica
actual

FAMILIAS, POBREZA Y DESIGUALDAD SOCIAL EN LATINOAMERICA:

UNA MIRADA COMPARATIVA

Marina Ariza

IISUNAM, ariza@servidor.unam.mx

Orlandina de Oliveira

COLMEX, odeolive@colmex.mx

RESUMEN

Analizamos la diversidad de arreglos familiares que coexisten en América Latina, identificando los que enfrentan mayores niveles de pobreza relativos. Perseguimos mostrar las huellas que el avance diferencial de la transición demográfica y la acentuada desigualdad social de la región imprimen en el universo más acotado de las familias. Estos procesos han dado lugar a patrones de diferenciación regional bastante consistentes. Inicialmente, se señalan las convergencias y divergencias entre países, prestando especial atención a aquellas unidades domésticas que enfrentan mayores carencias relativas. En seguida destacamos las interrelaciones entre la desigualdad social y las formas de convivencia y organización familiar abrevando principalmente de la experiencia mexicana.

Elegimos un conjunto de países que en los albores del siglo XXI muestran importantes diferencias demográficas y socioeconómicas. Con base en tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los países elaboradas por CEPAL comparamos a: *Argentina y Uruguay* que se encuentran en etapas más avanzadas de la primera transición demográfica; *Brasil y México* que atraviesan por una fase menos avanzada, y *Honduras y Nicaragua*, que por el contrario, están en un estadio más temprano de dicha transición.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas del siglo XX, las familias latinoamericanas experimentaron transformaciones importantes resultado tanto de las tendencias demográficas de más largo plazo como de cambios socioeconómicos recientes. La caída de los niveles de mortalidad trajo consigo una elevación de los años de esperanza de vida individual y en pareja, con repercusiones en el aumento de las separaciones, los divorcios y la formación de hogares unipersonales. Los descensos de la fecundidad propiciaron la reducción del tamaño promedio de las familias y del número de sus dependientes económicos, dando lugar a condiciones más favorables para el sostenimiento de los hogares.¹ No obstante, algunas de las ganancias propiciadas por el cambio demográfico han sido contrarrestadas por las recurrentes crisis económicas y por el moderado crecimiento que ha acompañado al modelo económico en curso. Las familias han recurrido a diversas estrategias para obtener recursos económicos adicionales, ya sea mediante la migración interna o internacional de algunos de sus miembros o el uso más intensivo de la mano de obra disponible en los hogares. A pesar de ello, muchas unidades domésticas han fracasado en el intento por traspasar el umbral de la pobreza.

En este trabajo analizamos la diversidad de arreglos familiares que coexisten en América Latina, identificando los que enfrentan mayores niveles de pobreza relativos. Al destacar las similitudes y diferencias entre países, perseguimos mostrar las huellas que el avance diferencial de la transición demográfica y la acentuada desigualdad social de la región imprimen en el universo más acotado de las familias. Como veremos, la conjugación de los distintos momentos de avance de la transición demográfica y los desfases en los niveles de desarrollo socioeconómico, han dado lugar a patrones de diferenciación interna de la región bastante consistentes.

¹ Véase, García, 1998; García y Rojas, 2002; Oliveira *et al.* 1999; Ariza y Oliveira, 2005.

El trabajo se estructura en tres partes. En la primera se describen de forma general las tendencias demográficas y económicas predominantes en América Latina en las últimas décadas. En la segunda, se señalan las convergencias y divergencias en un conjunto seleccionado de países, prestando especial atención a aquellas unidades domésticas que enfrentan mayores carencias relativas. Por último, y debido a la ausencia de datos comparables para el conjunto de los países de la región, destacamos las interrelaciones entre la desigualdad social y las formas de convivencia y organización familiar abrevando principalmente de la experiencia mexicana.

PRINCIPALES CAMBIOS DEMOGRÁFICOS Y SOCIOECONÓMICOS DE AMÉRICA LATINA EN DÉCADAS RECIENTES

Región heterogénea y desigual, América Latina se ha caracterizado en su historia reciente por marcadas transformaciones sociodemográficas y económicas. Las primeras son el resultado de procesos de más larga duración cuya génesis data de mediados del siglo XX, mientras las segundas –sin excluir tendencias previas refieren más a altibajos de las últimas décadas. En efecto, las recurrentes crisis económicas y la puesta en marcha de un nuevo modelo económico a partir de los años ochenta de la centuria pasada, han tenido consecuencias desestabilizadoras sobre las economías nacionales.

En el ámbito sociodemográfico han ocurrido una serie de transformaciones con repercusiones importantes en el mundo familiar. El descenso sostenido de los niveles de mortalidad propició el aumento de la esperanza de vida al nacer y el envejecimiento de la población, sobre todo en aquellos países que iniciaron más tempranamente el proceso de transición demográfica. Tales aspectos han contribuido a prolongar la duración de los roles familiares, llegando en ocasiones a modificarlos. El uso de anticonceptivos hizo posible la caída de la fecundidad y un mayor control de las mujeres sobre sus cuerpos, acentuando la separación

entre las esferas de la reproducción y la sexualidad. Si bien la disminución de la fecundidad y la mayor esperanza de vida al nacer han acortado el tiempo total que las mujeres dedican a la reproducción sociobiológica (embarazo, parto, crianza y socialización de los hijos), el envejecimiento de la población ha multiplicado sus deberes familiares de atención y cuidado de las personas senescentes. Por otra parte, la prolongación del proceso de formación escolar ha extendido la etapa de la adolescencia retardando en los sectores medios urbanos el momento de escisión del núcleo familiar. Este conjunto de transformaciones (descenso de la fecundidad y la mortalidad, aumento de la esperanza de vida al nacer, envejecimiento de la población, separación entre sexualidad y reproducción), forman parte de la *primera transición demográfica*, proceso con consecuencias decisivas para la vida familiar.

En este contexto general, emergen de manera incipiente otros cambios relacionados con el proceso de formación y disolución familiar que pueden ser tomados como expresión de tendencias emergentes. Al incremento de las uniones consensuales³ y la reducción del número de matrimonios se suman un cierto retraso de la edad a la unión entre las mujeres, una mayor disolución conyugal, y una creciente fecundidad adolescente. El incremento de la esperanza de vida y la prolongación de la vida en pareja se relacionan con la mayor probabilidad de disolución conyugal y de segundas nupcias presente en casi todos los países de la región, y la importancia menguante de la viudez como causa de disolución (CEPAL, 1994; Quilodrán, 2001). Los países difieren en el modo de disolución conyugal preferida (separación o divorcio); en algunos, las

³ En general, la coexistencia de múltiples formas de formación de la pareja -relaciones legales, consensuales o de visita- distinguía, décadas atrás, al Caribe y Centroamérica del resto de los países de América Latina y de otras regiones del mundo, en las que predominaba aún el matrimonio sancionado por la ley (Rossetti, 1994). No obstante, con el aumento gradual de las uniones consensuales en algunos países de la región (de acuerdo con García y Rojas, cuadro 3, entre 1980-1990 los incrementos más importantes tuvieron lugar en Argentina, Colombia y Chile), la diferencia en el tipo de uniones entre países ha disminuido aunque el significado atribuido a cada arreglo conyugal sea distinto en los diversos contextos socio-culturales (Ariza y Oliveira, 1999b).

separaciones suelen ser más frecuentes que los divorcios.⁴ En general, la propensión a la ruptura suele ser mayor en los primeros años de vida conyugal en aquellas parejas formadas muy tempranamente (Ojeda, 1986 y Quilodrán, 1991).

Las transformaciones ocurridas en los procesos de formación y disolución conyugal han sido mayores en los países del cono sur (Argentina, Uruguay y Chile)⁵, y hallan cabida dentro del concepto de *segunda transición demográfica*. Dicha transición refiere a un proceso más general de cambio sociocultural vinculado al incremento de los niveles de escolaridad, la participación económica de las mujeres, su mayor autonomía, y la emergencia de nuevas imágenes sociales femeninas y masculinas, entre otros aspectos.⁶ Entre sus manifestaciones más elocuentes se encuentran: el incremento de la edad del matrimonio, de la población que vive sola, y la cohabitación; la prolongación del periodo de residencia con los padres; el aumento de los nacimientos fuera del matrimonio, de los divorcios y las separaciones, así como de las segundas y/o terceras nupcias.

En los países de América Latina que se encuentran en etapas menos avanzadas en la primera transición demográfica, en cambio, resulta difícil deslindar el sentido de las recientes transformaciones en el proceso de formación y disolución familiar, en parte por las pronunciadas desigualdades sociales existentes en nuestra región. En un trabajo previo hemos argumentado que el aumento de las uniones consensuales y el leve retraso en la edad de la unión entre las mujeres tienen un significado distinto en los sectores medios y altos en relación con los populares. En cierta medida en los primeros pueden responder, análogamente al caso europeo, a la mayor

⁴ Entre los países en los que el número de divorcios por matrimonio se ha incrementado a partir de los años ochenta se encuentran Costa Rica, Cuba, Ecuador y Venezuela (García y Rojas, 2001, cuadro 2).

⁵ En particular los sectores medios urbanos de estos países muestran signos más acentuados de cambio (véase, Quilodrán 2000; García y Rojas, 2001; Ariza y Oliveira, 2001).

⁶ Véase Van de Kaa, 1987; Lesthaeghe, 1998; Ariza y Oliveira, 1999b; Quilodrán, 2000.

autonomía de las mujeres. En los sectores empobrecidos, sin excluir la existencia de situaciones reales de mayor autonomía femenina, sería más factible asociar algunas de las transformaciones en curso al constante deterioro de los niveles de vida. La dificultad que los jóvenes de estos sectores sociales enfrentan para ingresar al mercado de trabajo, aunada a la contracción de los salarios y la escasa cobertura de la seguridad social, podrían hipotéticamente contribuir a retrasar en algunos casos la salida de la casa paterna retardando con ello la edad de la unión. Esto es probable sobre todo cuando por escasez de recursos la pareja no puede recurrir a la coresidencia con la familia del novio, no obstante el patrón de residencia patrivirilocal prevaleciente en ciertos países. Así, en estos sectores (populares urbanos y campesinos), especulamos, la imposibilidad de cubrir la erogación monetaria que representa el matrimonio podría indirectamente reforzar la pauta de unión consensual existente (Ariza y Oliveira, 2002).

En cuanto a los cambios socioeconómicos, en el lapso de unas pocas décadas la mayoría de las economías de la región atravesó por procesos de reestructuración productiva que representaron el fin del estilo de desarrollo centrado en el crecimiento del mercado interno (sustitución de importaciones). El modelo económico en boga tiene como ejes de acumulación la apertura externa, el turismo, y la atracción de capitales transnacionales. Este cambio de rumbo ha tenido hondas repercusiones sobre el ámbito laboral. Los rasgos que caracterizaron el funcionamiento del mundo del trabajo desde la posguerra (predominio del trabajo de tiempo completo, carreras laborales previsibles, masculinización del mercado de trabajo, posibilidades de movilidad social, seguridad social, políticas sociales asistenciales, etc.) han sufrido una erosión sistemática y gradual, palpable entre otros aspectos, en el incremento del trabajo de tiempo parcial, del subempleo y el desempleo, la pérdida de la seguridad en el trabajo, la polarización de los ingresos y las ocupaciones, y el aumento de la precariedad laboral (véase, Pérez Sainz, 2000).

Al deterioro de los empleos formales resultado de la flexibilización laboral, se añaden elevados niveles de desempleo en Argentina, Brasil, Nicaragua, y Uruguay; en otros –como es el caso de México- han crecido las actividades informales (trabajadores por cuenta propia, micro empresas y trabajo no remunerado). La proliferación de estas últimas en el pequeño comercio y en los servicios, el crecimiento del trabajo a domicilio junto a la terciarización y la expansión de las industrias de exportación, han incidido en la tendencia a la feminización del mercado de trabajo observada en las últimas décadas, otro de los rasgos distintivos del proceso de flexibilización laboral a escala mundial (Standing, 1999).

Entre sus muchas consecuencias, la globalización ha contribuido a la intensificación de los movimientos migratorios internacionales. Los emigrantes internacionales han sabido aprovechar el avance en las condiciones de comunicación y del capital social generado en los lugares de origen y destino para crear un entramado de vínculos transnacionales con consecuencias diversas sobre la estructura y la dinámica de las relaciones intrafamiliares⁷. Al fragmentar los espacios residenciales, la migración internacional ha contribuido de manera directa a la pérdida de importancia de la coresidencia como criterio pertenencia a los hogares o unidades domésticas (Guarnizo, 1997 y Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2000). Cabe resaltar también que las remesas enviadas por los inmigrantes a sus países de origen se han convertido en una de las principales fuentes de divisas y en un factor de equilibrio del déficit en cuenta corriente.⁸

A pesar de la intensidad y el ritmo diferencial de estas transformaciones en los diversos países de la región, un rasgo común a todos ellos es la acentuada desigualdad social, hecho que

⁷ Véase, Portes, 1996; Guarnizo, 1997, 1998; Glick Schiller, L. Basch y Blanc-Szanton, 1992; Guarnizo y P. Smith, 1998; Portes, *et al.*; 1999; Ariza, 2002.

⁸ Las remesas son un factor de creciente contrapeso económico y estímulo a la demanda. Se estima que en República Dominicana, Nicaragua, Honduras y México, en el año 2002, 20.6, 19.0, 11.1 y 5.7 % respectivamente de los hogares recibían remesas. En Uruguay la cifra ascendía a 13.0% de los hogares urbanos (CEPAL, 2004).

por lo demás distingue a América Latina en el contexto mundial. En la última década la situación se ha agravado pues los países han tendido a converger hacia una mayor inequidad distributiva. La elevada concentración de ingresos obstaculiza el aumento de las tasas de crecimiento económico y la reducción de los niveles de pobreza. En el periodo 2000-2002 el crecimiento del producto interno bruto regional registró una fuerte desaceleración. Luego de las cifras favorables registradas en 2000, el dinamismo económico perdió fuerza debido en gran parte a las severas contracciones ocurridas en Argentina y Uruguay, y a la escasa o nula expansión de Brasil y México, las grandes economías latinoamericanas. En 2002, la fuerte reducción del producto en Argentina, Uruguay y Venezuela, y el leve incremento en un grupo importante de países, ocasionaron la disminución del PIB *per cápita* de la región en su conjunto. Así, en el año 2003 los niveles de pobreza alcanzaban al 44% de la población latinoamericana, y no daban señales de mejoría en relación a años anteriores (CEPAL, 2003 y 2004).

El conjunto de transformaciones sociodemográficas y socioeconómicas descritas ha tenido repercusiones considerables sobre la organización de la vida familiar. Una de ellas ha sido el estímulo a la participación económica de sus miembros como respuesta a la caída de los ingresos y a la inseguridad laboral; otra, la reorganización del consumo y de la vida doméstica. En cierto modo, las tendencias contrapuestas recién destacadas han alterado la capacidad de las familias para trazar con un mínimo de certidumbre los itinerarios sociales de sus integrantes (Ariza y Oliveira, 2005). Pero aún dentro de este panorama de acentuados cambios y no pocas continuidades, los países latinoamericanos exhiben semejanzas y disparidades que vale pena destacar.⁹

⁹ En la bibliografía especializada los hogares o unidades domésticas son definidos como grupos residenciales conformados por un conjunto de personas -ligadas o no por lazos de parentesco- que comparten la vivienda, un presupuesto común y una serie de servicios y actividades imprescindibles para la reproducción cotidiana de sus miembros. En contraste con los hogares, las familias, se constituyen sólo a partir de relaciones de parentesco,

AMÉRICA LATINA: CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS ENTRE PAÍSES

Con el propósito de ilustrar las repercusiones que sobre el bienestar de las familias pueden tener diferentes escenarios demográficos y económicos, elegimos un conjunto de países que en los albores del siglo XXI muestran importantes diferencias en el grado de avance de la transición demográfica, los niveles de desarrollo socioeconómico, y la magnitud de la pobreza y la desigualdad social (véanse cuadros 1, 2 y 3).

Argentina y Uruguay se encuentran en etapas más avanzadas de la primera transición demográfica. Entre 2000 y 2005 comparten bajas tasas de fecundidad global y mayor esperanza de vida al nacer, aspectos que han contribuido al envejecimiento de sus poblaciones (ellos cuentan con más elevados porcentajes de población senescente). Presentan a su vez el grado de urbanización más alto de la región y un mayor desarrollo socioeconómico, a pesar de la fuerte contracción registrada por sus economías en el lapso de 2001 a 2002. Con un producto *per cápita* elevado –superior a 4,000 dólares–, dedican altos porcentajes del PIB al gasto social (más del 20%). El monto *per cápita* del gasto social asciende en estos dos países a cifras cercanas o superiores a los 1,500 dólares. A pesar de estas semejanzas, existe un fuerte contraste intrarregional en términos de equidad social: *Uruguay* ostenta los menores niveles de concentración del ingreso y de pobreza de la región; *Argentina*, en cambio, posee una de las distribuciones de ingreso más regresivas de América Latina, superada sólo por Brasil. La caída

sancionadas o no legalmente. No obstante esta diferenciación analítica, familia y unidad doméstica son conceptos que necesariamente se superponen y complementan, como quedará de manifiesto a lo largo de este texto.

del empleo y de las remuneraciones reales en Argentina en el año 2002 produjo una escalada en los niveles de pobreza, los que alcanzaron a más del 40% de la población.¹⁰

Brasil y México atraviesan por una fase menos avanzada de la transición demográfica, con esperanza de vida al nacer y proporciones de la población senescente por debajo de Argentina y Uruguay. Los niveles de fecundidad y las tasas de dependencia demográfica de Brasil son inferiores a los de México, aspecto que denota la mayor importancia relativa de la población en edades activas en ese país. Las dos grandes economías de la región cuentan con un elevado producto *per cápita* y niveles de pobreza semejantes (inferiores a 40%). Brasil, en cambio, presenta mayor desigualdad del ingreso, si bien dedica porcentajes mucho más elevados del PIB al gasto social: casi el doble que México, medido en términos *per cápita*.

Honduras y Nicaragua, por el contrario, aún poseen elevadas tasas de fecundidad (3.17 y 3.9 hijos) y porcentajes importantes de población fuera de las edades activas (alta dependencia demográfica), por lo que la porción de los que tienen más de 65 años es sustancialmente menor. Ambos aspectos denotan el estadio más temprano de la transición demográfica en que se encuentran, situación que se corresponde con un nivel relativamente bajo de desarrollo socioeconómico, una distribución del ingreso muy concentrada, y altos niveles de pobreza (77.3 y 69.4% del total de la población y de los hogares, respectivamente). Su producto *per cápita* es inferior a 2,000 dólares, siendo también muy reducido el gasto social por individuo. Es evidente que estos países figuran entre los más rezagados de la región.

La comparación entre los rasgos familiares y socioeconómicos del conjunto de países seleccionados arroja distintos escenarios sociales que nos permitirán mostrar cómo el cruce entre

¹⁰ A principio de los noventa Argentina y Uruguay se ubicaban entre los países con niveles medio de desigualdad, pero ya en 1997 Argentina se habían entrado a formar parte del grupo de los de alta concentración y Uruguay por un bajo grado de desigualdad de ingresos (CEPAL, 2004).

ambas dimensiones –sociodemográfica y socioeconómica– incide diferencialmente sobre la organización del mundo familiar y las formas de convivencia.

Los arreglos familiares: sus cambios y continuidades

El análisis de la estructura de las familias latinoamericanas en términos de su composición de parentesco (y de jefatura de hogar), muestra tanto tendencias de cambio como de estabilidad (cuadro 4). Aunque los hogares nucleares siguen siendo mayoritarios en el conjunto de la región¹¹, se constatan cambios de importancia que expresan tanto las consecuencias del avance secular de la transición demográfica, como aspectos históricos, culturales y económicos contingentes a cada país. A continuación enumeramos las más importantes.

1) Los *hogares unipersonales* se han expandido en la mayoría de los países, pero de manera sustancial en los de transición demográfica avanzada (Argentina e Uruguay), gracias al envejecimiento de la población (cuadro 4). A medida que la esperanza de vida al nacer se incrementa y la duración de la vida en pareja se prolonga, aumenta el riesgo de disolución conyugal, ya sea por viudez o separación, elevándose la probabilidad de la conformación de hogares unipersonales. Dada la mortalidad diferencial por sexo, un porcentaje no despreciable de estos hogares está conformado por mujeres mayores de 60 años (Hakkert y Guzmán, 2004). En contraste con los demás, los hogares unipersonales ameritan de cierta autosuficiencia económica para la subsistencia, de ahí que en el conjunto de países analizados no suelen figurar en los deciles más bajos de la distribución del ingreso (cuadro 5).

2) Las *familias nucleares* experimentaron transformaciones en su composición interna. El modelo familiar tradicional más frecuente en épocas pasadas –el nuclear biparental con hijos– ha

¹¹ Bolivia, Brasil, Costa Rica y México se distinguen por la acusada presencia de hogares nucleares, los que comprenden alrededor del 70% del total.

perdido importancia en todos los países, sobre todo en Argentina, Uruguay, Brasil y México (cuadro 4). Este debilitamiento del modelo normativo de familia es resultado de dos procesos concomitantes: a) la expansión de los demás tipos de hogares nucleares (excepción hecha de Argentina e Uruguay, las familias biparentales sin hijos aumentan o mantienen su peso relativo, y las monoparentales de jefatura femenina se expanden en todos los países); b) la reducción del peso relativo de los hogares en las etapas del ciclo vital familiar centrales para la reproducción sociobiológica en favor de la etapa del nido vacío (Arriagada, 2004; Ariza y Oliveira, 2004). La presencia de los diferentes arreglos familiares varía según el nivel de ingresos de los hogares. En contraste con los hogares unipersonales, las familias nucleares con hijos se concentran en los deciles más bajos de la distribución de ingreso en los países analizados (cuadro 5).

3) *Las familias extensas* (padres e hijos y otros parientes) y las *compuestas* (incluyendo la presencia de no parientes), aumentan o conservan su peso relativo y alcanzan una mayor preeminencia en Honduras y Nicaragua¹², países en los que abarcan a más de la tercera parte de los hogares (cuadro 4). Entre los especialistas del tema, la persistencia de las familias extensas en América Latina es interpretada como el resultado de múltiples factores de orden cultural, demográfico y económico. De Vos (1995) ha señalado la prevalencia de uniones consensuales y de pautas residenciales matri o patrivirilocales como factores relevantes, pero también la influencia del estado civil de las mujeres en edad reproductiva y de la estructura por edad de los distintos países. Según esta autora, en el caso de Latinoamérica, las sociedades con mayores niveles de uniones consensuales poseen también una mayor presencia de hogares extensos o compuestos; y, viceversa, las que cuentan con menor presencia de hogares complejos tienen a su vez menores porcentajes de uniones consensuales. Ella muestra que los hogares extensos y

¹² En el contexto latinoamericano, El Salvador, República Dominicana y Venezuela también presentan porcentajes elevados de hogares extensos y compuestos.

compuestos son más frecuentes entre los 15 y 24 años y después de los 65, a diferencia de cuando se tiene entre 35 y 44 años. Algunas de las diferencias observadas entre los países analizados por De Vos desaparecieron al controlar el efecto de las variables sociodemográficas, en particular el estado marital y la edad.

Desde otra línea de reflexión se afirma que la frecuencia de los hogares extensos puede constituir una respuesta a las crecientes necesidades económicas. Efectivamente, la existencia de miembros adicionales puede representar una ayuda valiosa a la hora de realizar labores domésticas u obtener recursos monetarios complementarios, tan escasos en estos tipos de hogares.¹³ Como evidencian las cifras disponibles, los hogares extensos y compuestos se concentran en los deciles más bajos de la distribución de ingreso (cuadro 5). En el caso particular de los países centroamericanos es importante tener en cuenta, además, las repercusiones de los conflictos armados sobre la composición familiar. En Nicaragua, por ejemplo, el alto porcentaje de población desplazada en calidad de refugiada debe haber contribuido a la conformación de unidades compuestas o extensas.

4) El aumento de la *jefatura femenina* en diferentes tipos de hogares es un rasgo consistente a lo largo de la región. Datos para inicios del presente siglo indican que dichos hogares superan el 30% en Honduras, Nicaragua, y Uruguay, y se acercan a esa magnitud en el resto de los países analizados (con excepción de México) (cuadro 6). Los hogares nucleares monoparentales, un tipo particular de jefatura femenina, giran en torno al 10% en casi todos los países (cuadro 4). Como es sabido, en la formación de hogares con jefatura femenina confluyen factores de diversa índole. Entre los aspectos demográficos sobresalen: el incremento diferencial por sexo de la esperanza de vida al nacer y la menor frecuencia de nuevos casamientos entre las viudas, las separadas o divorciadas, en relación a sus pares masculinos. En países de transición

¹³ Véase, por ejemplo, a González de la Rocha, 1994.

demográfica avanzada, el porcentaje de hogares unipersonales con jefatura femenina se aproxima a 65% (cuadro 6).

Las pautas de unión conyugal, un factor sociocultural y demográfico de gran relevancia, tienen también una influencia decisiva. Una mayor presencia de uniones consensuales se asocia con una alta inestabilidad conyugal y, por tanto, con una creciente probabilidad de formación de hogares monoparentales o extensos encabezados por mujeres.¹⁴ La jefatura femenina llega a representar cerca del 90% de los hogares nucleares monoparentales, y más del 40% de las familias extensas y compuestas en Brasil, Honduras y Nicaragua (cuadro 6). Uruguay también cuenta con elevados porcentajes de jefatura femenina en el conjunto de las familias extensas.

Aspectos de carácter histórico-cultural, como el peso de la población de origen africano, y otros como la frecuencia de embarazo adolescente, son destacados como factores de peso en la explicación de la presencia de jefatura femenina en nuestra región¹⁵ También los procesos masivos de emigración por su impacto directo en la conformación de este tipo de hogares. El grado de urbanización, de escolarización, y la participación económica de la población femenina, al proveer condiciones favorables para la autonomía e individuación de las mujeres, pueden contribuir también a la aumento de las familias encabezadas por ellas. En tales casos la jefatura puede ser más el resultado de una elección individual que de una imposición social o familiar. En otras situaciones puede constituir un espacio de autoridad conquistado en fases avanzadas del ciclo vital (Oliveira, *et al.*, 1999).

¹⁴ En general, la coexistencia de múltiples formas de formación de la pareja -relaciones legales, consensuales o de visita- distinguía, décadas atrás, al Caribe y Centroamérica del resto de los países de América Latina y de otras regiones del mundo, en las que predominaba aún el matrimonio sancionado por la ley (Rossetti, 1994). No obstante, con el aumento de las uniones consensuales a lo largo y ancho de nuestra región (los aumentos más importantes entre 1980 y 1990 se han dado en Argentina, Colombia y Chile. García y Rojas, 2001, cuadro 3), y de la cohabitación en los países desarrollados, la diferencia en el tipo de uniones entre países ha disminuido aunque el significado atribuido a cada arreglo conyugal todavía sea distinto en los diversos contextos socioculturales (Ariza y Oliveira, 1999b).

¹⁵ Véase, Chant, 1992, 1999; Ariza y Oliveira, 1999a; Ariza, 2000; Quilodrán, 2001).

LOS ARREGLOS FAMILIARES Y SUS NIVELES DE POBREZA

Al observar los niveles relativos de pobreza según el tipo de hogar destaca tanto la acusada heterogeneidad del conjunto de países, como la persistente regularidad respecto de cuáles son los contextos familiares más vulnerables en cada caso. En todos los países analizados, son los hogares extensos los que exhiben los más altos niveles de pobreza; les siguen, según el caso, los nucleares biparentales con hijos, y los monoparentales con jefatura femenina (cuadro 7).

Sin lugar a dudas, la situación de los *hogares extensos* es bastante apremiante en Honduras y Nicaragua, en donde la incidencia de la pobreza sobrepasa el 60%, pero también en Argentina donde alcanza a casi la mitad de los hogares. En los demás países, con la excepción de Uruguay, las cifras de incidencia de la pobreza oscilan alrededor del 35% de los hogares extensos (cuadro 7). En un análisis para México y varios países de Centroamérica, en el que desglosamos los hogares extensos de acuerdo con su composición interna, encontramos que son aquellas unidades encabezadas por mujeres las que presentan la situación más crítica en el conjunto de los hogares extensos (Ariza y Oliveira, 2004). Este resultado es corroborado por Arriagada (2004) en un análisis para el conjunto de América Latina.

Frente a estos hallazgos, nos hemos preguntado hasta qué punto la formación de los hogares extensos puede ser vista como una estrategia eficaz para combatir la pobreza. Desde cierta línea de reflexión, la conformación de este tipo de hogares es entendida como una de las respuestas de los sectores populares ante situaciones económicas adversas. Se argumenta que mediante la incorporación de nuevos miembros al hogar se logra incrementar la mano de obra disponible, ya sea para ingresar al mercado de trabajo o para participar en los trabajos reproductivos, liberando a otros miembros como generadores potenciales de ingreso (González de la Rocha, 1994; Tuirán, 1993). Sin lugar a dudas, la adición de nuevos miembros activos

incrementa los recursos materiales de las familias evitando, probablemente, que caigan en situaciones más agudas de pobreza. No obstante, nos parece que estas estrategias de acopio de recursos no han resultado del todo eficaces en el esfuerzo colectivo por reducir la pobreza. Ellas encuentran sus límites en las escasas oportunidades de empleo disponibles en los mercados de trabajo, así como en los bajos niveles educativos de la oferta de mano de obra.

El modelo de hogar tradicional, el de las *familias biparentales con hijos*, acusa también niveles considerables de pobreza. Honduras y Nicaragua ostentan, una vez más, la mayor carencia relativa, seguidos de cerca por Argentina (cuadro 7). La importante situación de escasez de recursos que aqueja al hogar que absorbe el mayor volumen de población –el hogar biparental con hijos– denota la condición crítica por la que atraviesa buena parte de las familias latinoamericanas (con la excepción de Uruguay). Este modelo normativo de familia enfrenta al menos dos tipos de dificultades: a) ha perdido importancia relativa ante la emergencia o el fortalecimiento de otros tipos de arreglos familiares, como los unipersonales o los de jefatura femenina; b) ha visto disminuida su capacidad para garantizar la plena reproducción de sus integrantes. En realidad, este último aspecto viene manifestándose desde hace unos años con la disminución del número de hogares que dependen del ingreso de un único proveedor, casi siempre el jefe varón, como veremos más adelante.¹⁶

Las tendencias no son tan consistentes en el caso de las *familias dirigidas por mujeres*, lo que no ha dejado de estimular el debate acerca de la relación entre pobreza y jefatura femenina. La información aquí analizada muestra que la pobreza afecta a la mayoría de los hogares

¹⁶ A mediados de los años 90, menos de la mitad de los hogares mexicanos se sustentaba con el ingreso de un sólo proveedor. El cambio se produjo esencialmente entre 1984 y 1994, cuando el porcentaje de hogares con un sólo proveedor pasó de 58.2 a 45.8%. El descenso fue aún mayor en los hogares de menores ingresos relativos (aquéllos en los que el jefe recibe menos de 2 salarios mínimos), en los que el mismo indicador descendió de 57.4% al 40.7% (Oliveira, 1999). En el mismo orden de ideas, datos para finales de los 90 muestran que el porcentaje de hogares con una mujer como el principal proveedor de facto era de 27% en México, 33% en Argentina y Brasil, y ascendía a 35% o más en Honduras, Nicaragua y Uruguay (Arriagada, 2001).

nucleares monoparentales encabezados por mujeres en Honduras y Nicaragua, y a casi la mitad en Argentina (cuadro 7). Únicamente en Argentina y Nicaragua los niveles de pobreza de estos hogares superan a los exhibidos por los hogares biparentales con hijos. En el caso de México, Gómez de León y Parker (2000) muestran que es la contribución proveniente de los ingresos no laborales, entre ellos las remesas, lo que evita a los hogares encabezados por mujeres una situación más crítica de pobreza. Es importante hacer notar que, de acuerdo con datos de México y varios países de Centroamérica, los hogares extensos encabezados por mujeres son más pobres que los nucleares de jefatura femenina (Ariza y Oliveira, 2004).¹⁷

DESIGUALDAD SOCIAL, ORGANIZACIÓN Y CONVIVENCIA DE LAS FAMILIAS

En esta última parte del texto abordamos dos rasgos de la vida familiar que consideramos de vital importancia para entender la dinámica actual de las familias: la menor presencia relativa del modelo familiar tradicional, el del jefe varón proveedor exclusivo; y la desigualdad en las relaciones intrafamiliares. En virtud de la carencia de información comparable para los distintos países, en el segundo de los aspectos mencionados nos centramos principalmente en la experiencia mexicana.

La pérdida de importancia del modelo de familia del jefe varón proveedor exclusivo y la sobrecarga de trabajo de las esposas

Las transformaciones socioeconómicas y demográficas descritas guardan una estrecha relación con los cambios en la organización de la reproducción cotidiana¹⁸. Ante el deterioro de los salarios y la pérdida del poder adquisitivo ocasionados por los reiterados episodios de crisis económica y las políticas de desprotección laboral, las familias han respondido multiplicando su

¹⁷ Datos para mediados de los noventa muestran que en todos los países analizados hay una mayor incidencia de la pobreza en los hogares encabezados por mujeres cuando éstos son extensos y compuestos (Arriagada, 1997).

¹⁸ La organización de la reproducción cotidiana involucra la obtención de recursos (monetarios y no monetarios) mediante la participación de los integrantes de la familia en la actividad económica y la producción de bienes y servicios para el mercado o para el autoconsumo; además de la realización de una amplia gama de actividades domésticas; la administración del presupuesto familiar, y el establecimiento de redes de apoyo.

oferta de trabajo¹⁹. Datos para México muestran que el número de perceptores es más elevado a medida que el salario del jefe del hogar es más reducido (Oliveira, 1999).

El incremento de la oferta laboral de los hogares ha descansado principalmente en la participación económica femenina, a la que han contribuido también la reducción sostenida de la fecundidad, la ampliación del sector servicios y el afianzamiento de las industrias de exportación con preferencia por mano de obra femenina, en particular las maquilas. Nos movemos así, gradualmente y por diferentes vías, de un esquema de organización familiar con predominio del modelo jefe varón proveedor único-mujer ama de casa, cuyo salario alcanza a cubrir las necesidades familiares, a otro de dos o múltiples proveedores. En todos los países analizados, la importancia relativa de las familias nucleares biparentales con hijos en las cuales la esposa no trabaja disminuyó en forma consistente, aunque siga siendo todavía el modelo de familia nuclear más extendido en la región (cuadro 8). La mayor prevalencia de este modelo tradicional de organización familiar se da en México (44%), la menor en Uruguay, con apenas el 28.2% de los hogares nucleares. El segundo tipo de organización más frecuente dentro de los hogares nucleares es el de la pareja con hijos en donde la esposa trabaja. En el conjunto de, Brasil, Honduras y Nicaragua, estos hogares representan más del 30% de los nucleares.

No cabe duda de que, mediante la participación en el mercado de trabajo y en el sustento económico de sus familias, muchas mujeres latinoamericanas han logrado redefinir su papel social más allá de la domesticidad.²⁰ Sin embargo, el aumento de la participación económica femenina no ha estado acompañado de una clara reorganización de los roles domésticos. Datos para México muestran que en la mayoría de los sectores sociales –pero sobre todo en los que

¹⁹ En el caso de México el número de perceptores por hogar aumentó de 1.53 a 1.79 entre 1977 y 1998 (Cortés, 2000).

²⁰ De acuerdo con datos de la CEPAL para 1994, el aporte del ingreso por trabajo de las cónyuges al ingreso familiar alcanzaba entre 28%, en México y Uruguay, a cerca de 39% en Argentina y Honduras (Arriagada, 1997).

cuentan con una situación económica más precaria— la esposa continúa siendo la responsable de la supervisión y/o realización de las tareas domésticas. En las contadas ocasiones en que tiene lugar, la participación doméstica masculina ocurre de manera esporádica (fines de semana, vacaciones, en casos de enfermedad), y con mayor regularidad cuando las cónyuges desempeñan actividades extradomésticas remuneradas. La participación doméstica de los varones es más frecuente entre los 30 y 39 años, en los de mayor escolaridad y en aquéllos socializados en contextos urbanos. La reparación de la casa, el cuidado del coche y los trámites administrativos, son las tareas habitualmente asignadas a los hombres en el mundo doméstico. Otro aspecto recurrente es la mayor participación de los varones en el cuidado de los hijos (as), que en las labores de la casa propiamente dichas (lavar trastes, cocinar, planchar, ir de compras, limpiar la casa y lavar).²¹

En el contexto actual de pérdida de importancia del Estado en la provisión de servicios sociales, las familias han visto acrecentadas sus responsabilidades económicas y domésticas. El tener que asumir la casi total responsabilidad de la administración y ejecución de las tareas del hogar, y a su vez colaborar en la obtención de los recursos necesarios para la manutención cotidiana del hogar, se han traducido en una sobrecarga de trabajo para una parte importante de la población femenina (Oliveira, Ariza y Eternod, 1996; Arriagada, 2004). La situación de las mujeres asume tintes más dramáticos cuando a las inequidades de género se suman las de clase.

La persistencia de las inequidades de poder al interior de las familias

Las transformaciones en las formas de convivencia familiar hacia una mayor equidad entre géneros han sido lentas (Jelin, 1994; Oliveira, 1998). Los nexos entre los cambios socioeconómicos y las

21 Véase García y Oliveira, 1994 y 2006; García, 1998; Rendón, 2003. Un resultado similar también ha sido reportado para Argentina (Wainerman, 2000).

relaciones intrafamiliares suelen establecerse por diferentes vías. La mayor escolaridad de las mujeres, su participación económica, el control de sus ingresos, sus aportaciones a la manutención familiar, la migración individual masculina y femenina, y la familiar, figuran entre los factores más destacados. Estudios realizados en México permiten afirmar que acceder a niveles elevados de escolaridad guarda relación con una mayor tendencia de las mujeres a participar activamente en la búsqueda de relaciones de género igualitarias, así como en la defensa de sus derechos.

Infelizmente, los sectores más pobres de la población han tenido un menor acceso a las oportunidades educativas en expansión en varios países de la región. En efecto, las diferencias en los porcentajes de asistencia escolar entre las personas de 20 a 24 años entre los sectores más pobres y los ricos son extremadamente amplias en todos los países analizados (cuadro 9). Este hecho contribuye sin duda al reforzamiento de las fuertes distancias de clase y de género en nuestras sociedades. Las diferencias educacionales inciden en la reproducción de las inequidades de género, no sólo en virtud del acceso diferencial a los recursos materiales que suponen, sino por su influencia sobre los valores y expectativas sociales, los que a su vez tienen efectos colaterales en la organización y la convivencia familiar. Un análisis de las opiniones sobre los roles de género llevado a cabo en el México metropolitano, denota importantes diferencias entre los distintos sectores sociales. Opiniones más tradicionales y condiciones de existencia más precarias, contribuyen parcialmente a explicar la mayor inequidad de género prevaleciente en los sectores populares en contraste con los medios (García y Oliveira, 2006).

En cuanto a las repercusiones del trabajo extradoméstico y las aportaciones económicas familiares sobre una relación de pareja más democrática, se ha encontrado –de nuevo para el caso del México metropolitano– que la *experiencia laboral* de las esposas después de casarse o unirse tiene una influencia significativa en varias dimensiones de la vida intrafamiliar. Una participación

prolongada en la actividad laboral (5 años o más), establece diferencias en cuanto a la cooperación de los esposos en las tareas domésticas y el cuidado de los hijos/as, así como en la autonomía relativa de las esposas frente a los cónyuges y en su capacidad de intervenir en las decisiones familiares importantes. No obstante, se asocia también con una mayor conflictividad conyugal y con posibles situaciones de violencia hacia las esposas (véase, García y Oliveira, 2006). Las mujeres que desempeñan actividades profesionales o técnicas, o aquellas que aportan ingresos a la manutención familiar, cuentan con más recursos materiales y emocionales a la hora de negociar relaciones más igualitarias en varios aspectos de la vida familiar. Del mismo modo, cuando las esposas atribuyen al trabajo extradoméstico un significado de superación personal e independencia económica, logran negociar mayor participación de los cónyuges en el cuidado de los niños/as, así como dosis crecientes de autonomía (García y Oliveira, 1994).

Las evidencias acerca de las implicaciones del control de recursos sobre las relaciones de pareja no siempre apuntan en la misma dirección. Se destacan diferencias importantes según el sector social de pertenencia.²² Además del monto recibido, es fundamental el control que las mujeres pueden efectivamente ejercer sobre los ingresos por ellas generados como vía para elevar el poder de negociación en el seno de las familias (Blumberg, 1991). Se ha documentado así que un mayor control puede acarrear más participación de las mujeres en la toma de decisiones familiares y una distribución más igualitaria de las labores domésticas, principalmente en las clases medias y altas; mientras que en los sectores populares –cuando las cónyuges reciben ingresos similares o superiores al marido– éste puede sentir amenazado su rol de proveedor principal o su sentido de masculinidad, dando lugar a situaciones de mayor opresión y violencia hacia las mujeres, como en el caso de

²² Véase, Safilios-Rothschild, 1990; García y Oliveira, 1994.

algunas familias con jefatura femenina con presencia habitual del cónyuge (Safilios-Rothschild, 1990; García y Oliveira, 1994).

Datos recabados para varios de los países objeto de estudio denotan una preocupante situación de violencia doméstica en contra de diferentes sectores de mujeres (Traversa, 2001; Morrison y Orlando, 1999; González de la Rocha, 1988; Nieves Rico, 1992). Dicho aspecto realza la necesidad de políticas y programas sociales encaminados a romper los mecanismos sociales de reproducción de la desigualdad de género. Es sabido que los individuos que son socializados en un entorno familiar violento son más propensos a recrear los mismos actos violentos en sus familias de procreación.

Un aspecto no suficientemente estudiado aún es el impacto de las migraciones internacionales sobre las relaciones intrafamiliares.²³ Los procesos de transnacionalidad han contribuido a la dispersión de los espacios residenciales, reforzando al mismo tiempo los lazos familiares (véase, Ariza, 2002 y Popkin, Lawrence y Andrade-Eekhoff, 2000). Se entiende que las consecuencias de la migración sobre las relaciones intrafamiliares son diferenciales según el tipo de movimiento (individual o familiar), o el contexto de análisis (origen o destino). Acerca de cómo cambian las formas de convivencia familiar debido a la emigración masculina (cuando el esposo migra y cuando regresa a la casa, por ejemplo), se ha encontrado que la ausencia del cónyuge no necesariamente ocasiona cambios profundos en la estructura de autoridad de la familia en el lugar de origen. Con frecuencia, el varón temporalmente ausente, sigue siendo reconocido como el jefe del hogar, aunque las mujeres asuman en lo cotidiano la responsabilidad por la manutención de la familia, el cuidado y la socialización de los hijos (Szasz, 1999). Cuando son las mujeres las que emigran parecen abrirse más oportunidades de participación y de redefinición de las relaciones con ellas mismas y con los demás. Sin embargo, se trata de procesos lentos y ambivalentes que bien

²³ Véase, Chant, 1992; Szasz, 1999; Guarnizo, 1995; Ariza, 2000.

pueden conducir al reforzamiento de los patrones más tradicionales de las relaciones de género (Ariza, 2000).

A MODO DE CONCLUSIÓN

En este trabajo comparamos tres grupos de países latinoamericanos caracterizados por rasgos socioeconómicos y demográficos muy dispares. Nuestro propósito ha sido ahondar en las complejas interrelaciones entre las transformaciones macro estructurales y las tendencias de cambio y continuidad en las familias: su estructura, su bienestar y su dinámica interna. Ilustramos cómo las tendencias económicas de las últimas décadas en el contexto de reestructuración productiva y la apertura al mercado externo, han contrarrestado en algunos casos los posibles beneficios de la dinámica demográfica. En otras situaciones han contribuido a agudizar los ya considerables rezagos demográficos y socioeconómicos existentes, con efectos perversos sobre el bienestar y las formas de convivencia familiar.

Así por ejemplo, *Argentina y Uruguay*, al encontrarse en etapas más avanzadas de la transición demográfica, enfrentan inéditos desafíos sociales resultado del creciente envejecimiento de la población. La importante emigración de la mano de obra joven en estos países no ha hecho sino ensombrecer el panorama. En el primero de estos dos países, los efectos de la fuerte contracción económica de principios del siglo XXI se han traducido en un importante aumento del desempleo y la pobreza. En virtud de su menor concentración del ingreso y la implementación de políticas sociales en beneficio de los jubilados y pensionados, Uruguay ha logrado contrarrestar parcialmente el magro desempeño de la economía sobre los niveles de pobreza de los hogares. A pesar de que datos recientes sugieren un aumento importante de la pobreza en ese país, Uruguay se distingue aún por poseer los más bajos niveles de pobreza y la menor desigualdad del ingreso en la región (Aguirre, 2004). Por otra parte, el hecho de que en

2002, 13% de los hogares urbanos uruguayos recibían remesas del exterior contribuye sin duda a contrarrestar parcialmente la tendencia generalizada al aumento de la pobreza.

Brasil y México ponen de manifiesto cómo el bajo ritmo de expansión de la economía en un contexto de apertura externa, y una marcada desigualdad de ingresos, pueden dificultar el aprovechamiento del llamado “bono demográfico” (resultado de la expansión de los grupos en edad activa y de la reducción de las tasas de dependencia demográfica). Ambos países no han logrado el ritmo de crecimiento económico requerido para generar la cantidad de empleos necesarios para absorber la fuerza de trabajo en expansión.

Finalmente, *Honduras y Nicaragua*, revelan cómo el rezago económico y demográfico interactúan potenciando los niveles de pobreza de los hogares. Con muy elevados índices de dependencia demográfica, valores relativamente altos de fecundidad y menores niveles de urbanización relativos, estos países enfrentan fuertes desafíos económicos y sociales, difíciles de superar en un escenario de bajo crecimiento económico y alto de desempleo. Tal es el caso sobre todo de Nicaragua.

El conjunto de países analizados se diferencian entre sí en cuanto a la composición de los hogares. En Argentina y Uruguay los hogares unipersonales presentan un mayor peso relativo que en los demás países; lo mismo ocurre con las familias nucleares en Brasil y en México. Honduras y Nicaragua, por el contrario, se distinguen por la acentuada prevalencia de los hogares extensos y compuestos; aspecto que guarda un paralelismo con la alta frecuencia de las uniones consensuales en estos países. Los hogares con jefatura femenina alcanzan altos porcentajes en Honduras, Nicaragua y Uruguay.

La marcada heterogeneidad entre los países se minimiza al analizar las tendencias de cambio en los hogares durante la última década. En todos los casos, aunque con diferencias de intensidad, se verifica una cierta *diversificación de los arreglos familiares*. Las familias

nucleares biparentales con hijos pierden importancia mientras los hogares con jefatura femenina y los unipersonales se incrementan. Como hemos visto, el modelo normativo de familia (nuclear biparental con hijos), además de perder fuerza relativa en virtud de las transformaciones demográficas señaladas, ha sufrido cambios de relevancia en su organización doméstica.

En cuanto a los contextos familiares más pobres, las similitudes entre los diversos países son mayores que los contrastes. Las unidades extensas presentan una situación realmente crítica que es mucho más aguda en los países de menor bienestar relativo de la región: Nicaragua y Honduras, seguidos de cerca por Argentina. Estudios previos indican que entre todos los hogares extensos, son los de jefatura femenina los que enfrentan la mayor carencia de recursos, tanto en México como en otros países centroamericanos. Su complemento, los nucleares monoparentales encabezados por mujeres, en expansión en casi todos los países, también exhiben altos porcentajes de pobreza (Ariza y Oliveira, 2004). Las unidades familiares biparentales con hijos, aunque no sean las más necesitadas, poseen también altos porcentajes de pobreza: desde la cuarta parte a más de la mitad en todos los países analizados, con la excepción de Uruguay. Estas familias –al concentrar los mayores volúmenes de población–, ponen de manifiesto la precariedad económica de una parte considerable de las familias latinoamericanas de nuestros días.

Como una reflexión final queremos llamar la atención sobre dos aspectos. El primero hace alusión al carácter *heterogéneo y selectivo* de las posibles consecuencias de los cambios socioeconómicos y demográficos sobre la vida familiar. En América Latina, las transformaciones en el mundo familiar tienen lugar asincrónicamente entre los distintos sectores sociales y grupos étnicos, como entre países y regiones dentro de éstos. La acentuada desigualdad social es un rasgo distintivo de la región que no ha hecho sino acentuarse en el entorno de la globalización. Los beneficios del crecimiento económico se han concentrado en las áreas de mayor desarrollo relativo,

en las ciudades, y en los sectores sociales más privilegiados. Estos sectores han sido los protagonistas de cambios específicos, tales como: el aumento de la escolaridad, del trabajo extradoméstico y de la edad al casarse; la mayor utilización del control natal, y la reducción de la fecundidad. Sectores que están, a su vez, más propensos a impulsar transformaciones en los roles y las relaciones de género, a buscar una redefinición de la división sexual del trabajo, de las formas de ejercicio del poder y la autoridad en el seno de sus familias, y a lograr un mayor control sobre sus vidas. La consecuencia de estas marcadas diferencias entre sectores sociales ha sido la acentuación de las desigualdades de clase y género. El aumento de la pobreza y la vulnerabilidad social refuerzan las formas de convivencia familiar características de la desigualdad de género; y las fuertes y persistentes desigualdades sociales (de clase y de género) contribuyen a su vez a contrarrestar parcialmente los efectos positivos de los cambios sociodemográficos sobre el nivel de bienestar de las familias.

El segundo aspecto que nos importa señalar se refiere a la necesidad de contar con datos comparativos sobre las formas de organización y convivencia familiar en diferentes países de la región que permitan analizar las repercusiones de los cambios sociodemográficos y económicos sobre distintos ámbitos de la vida familiar: la división del trabajo y las relaciones de poder entre géneros y generaciones.

Referencias Bibliográficas

Aguirre, Rosario (2004), "Familias urbanas en el Cono Sur: transformaciones recientes en Argentina, Chile, Uruguay", en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces*, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp. 225-255.

Ariza, Marina (2002), "Migración, familia y transnacionalidad en el contexto de la globalización: algunos puntos de reflexión", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LXIV, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 53-84.

Ariza, Marina (2000), *Ya no soy la que dejé atrás... Mujeres migrantes en República Dominicana*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM)/ Plaza y Valdés editores.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2005), "Families in Transition" en Charles H. Wood y Bryan R. Roberts (eds.), *Rethinking Development in Latin America*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, pp. 233-247.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2004), "Familias, pobreza y necesidades de políticas públicas en México y Centroamérica" en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces*, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp.153-195.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2002), "Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica", en Catalina Wainerman (comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*, Fondo de Cultura Económica/UNICEF, pp. 19-54.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (1999a), "Formación y dinámica familiar en México, Centroamérica y el Caribe", en Beatriz Figueroa (coord.), *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos*, México, El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), pp. 161-175.

Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (1999b), "Escenarios contrastantes: patrones de formación familiar en el Caribe y Europa Occidental", *Estudios Sociológicos*, vol. 17, núm. 51, pp. 815-836.

Arriagada, Irma (2004), "Estructuras familiares, trabajo y bienestar en América Latina", en Irma Arriagada y Verónica Aranda (comps.), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidades de políticas públicas eficaces*, Santiago de Chile, CEPAL, División de Desarrollo Social/UNFPA, pp.43-73.

Arriagada, Irma (2001), *Familias Latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*. Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), División de Desarrollo Social, Serie Políticas Sociales, núm. 57, 60 p.

Arriagada, Irma (1997), *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Serie Políticas Sociales 21, Santiago de Chile, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 54 p.

Blumberg, Rae Lesser (1991), "Introduction: The 'Triple Overlap' of Gender Stratification, Economy and the Family", en Rae Lesser Blumberg (ed.), *Gender, Family and Economy: The Triple Overlap*, Newbury Park, Sage Publications, pp. 7-34.

Comisión Económica para América Latina y El Caribe, (CEPAL) (2003), *Balance preliminar de las economías de América Latina y El Caribe, 2003*, Santiago de Chile, CEPAL.

Comisión Económica para América Latina y El Caribe, (CEPAL) (2004), *Panorama social de América Latina, 2000-2003*, Santiago de Chile, CEPAL.

Cortés, Fernando (2000) "Crisis, miembros del hogar e ingresos", *Demos: Carta demográfica sobre México*, núm. 13, pp. 35-36.

Chant, Sylvia (1999), "Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: perspectivas populares y globales sobre el tema de las madres solas", en Mercedes González de la Rocha (coord.), *Divergencias del modelo tradicional: hogares de jefatura femenina en América Latina*, Guadalajara, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)/ Plaza y Valdés editores, pp. 97-124.

Chant, Sylvia (ed.) (1992), *Gender and Migration in Developing Countries*, Nueva York, Bellhaven Press.

De Vos M., Susan (1995), *Household Composition in Latin America*, Nueva York, Plenum.

García, Brígida (1998), “Dinámica familiar, pobreza y calidad de vida: una perspectiva mexicana y latinoamericana”, en Beatriz Schmukler (coord.) *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, Population Council/EDAMEX, pp. 53-82.

García, Brígida y Olga Rojas (2002), “Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX: Una perspectiva sociodemográfica”, *Estudios Demográficos y Urbanos*, 50, vol. 17, núm. 2, mayo-agosto, pp. 261-288.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2006), *Las familias en el México Metropolitano. Visiones femeninas y masculinas*, México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales y Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

García, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano y Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.

Glick Schiller, N., L. Bash y C. Blanc-Szanton (1992), *Towards a Transnational Perspective on Migration. Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, Nueva York, Academy of Sciences.

Gómez de León, José y Susan Parker (2000), “Bienestar y jefatura femenina en los hogares mexicanos”, en Ma. de la Paz López y Vania Salles (eds.) *Familia, género y pobreza*, México, Miguel Ángel Porrúa/GIMTRAP, pp. 11-45.

González de la Rocha, Mercedes (1994), *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Oxford, Blackwell.

González de la Rocha, Mercedes (1988), "De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara", en Luisa Gabayet *et al.*, (comps.), *Mujeres y Sociedad. Salario, hogar y acción social en el occidente de México*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco/ Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), pp. 205-227.

Guarnizo, Luis y P. Smith (1998), “The Rise of Transnational social Formations: Mexican and Dominican State Responses to Transnational Migration”, *Political Power and Social Theory*, vol. 12, pp. 45-95.

Guarnizo, Luis (1997), “The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration Among Dominican Transmigrants”, *Identities*, vol. 42 no. 2, pp. 281-322.

Guarnizo, Luis (1995) “Regresando a casa. Clase, género y transformación del hogar entre migrantes dominicanos-as”, *Género y sociedad*, vol. 2, núm. 3, enero-abril, pp. 53-127.

Hakkert, Ralph y José Miguel Guzmán (2004), “Envejecimiento demográfico y arreglos familiares de vida en América Latina”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IISUNAM), pp. 479-518.

Jelin, Elizabeth (1994), “Las relaciones intrafamiliares en América Latina”, en *Familia y Futuro. Un programa regional en América Latina y El Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL/UNICEF, pp. 37-55.

Lesthaege, Ron (1998), “On Theory Development and Applications to the Study of Family Formation”, *Population and Development Review*, vol. 24, núm. 1, marzo, pp. 1-14.

Morrison, A.R. y M. B. Orlando (1999), "Social and Economic Costs of Domestic Violence: Chile and Nicaragua", en A.R. Morrison y M. Loreto Biehl (eds.), *Too Close to Home: Domestic Violence in the Americas*, Washington D.C., Inter-American Development Bank, pp. 43-59.

Nieves Rico, María (1992), *Domestic Violence Against Women in Latin America and the Caribbean: Proposals for Discussion*, Serie Mujer y Desarrollo núm. 10, Santiago de Chile, Naciones Unidas.

Ojeda, Norma (1986), "Separación y divorcio en México: una perspectiva demográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2, pp. 227-265.

Oliveira, Orlandina, Marcela Eternod y María de la Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), pp. 211- 271.

Oliveira, Orlandina de (1999), "Políticas económicas, arreglos familiares y perceptores de ingresos", *Demos. Carta demográfica de México*, núm. 12, pp. 32-33.

Oliveira, Orlandina de, Marcela Eternod y María de la Paz López (1999), "Familia y género en el análisis sociodemográfico", en Brígida García (comp.), *Mujer, género y población en México*, México, El Colegio de México/SOMEDE, pp. 211-251.

Oliveira, Orlandina de (1998), "Familia y relaciones de género en México", en Beatriz Schmukler (coord.), *Familias y relaciones de género en transformación. Cambios trascendentales en América Latina y el Caribe*, México, The Population Council/EDAMEX, pp. 23-52.

Pérez-Sáinz, Juan Pablo (2000), "Labour Market Transformations in Latin America", trabajo presentado en el Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decades of Economic Adjustment: a Workshop, organizado por Social Science Research Council (SSRC) y FLACSO-Costa Rica, San José, Costa Rica 10 y 11 de julio.

Popkin, Eric, Sarah Lawrence y Kay Andrade-Eekhoff (2000), "The construction of Household Labor Market Strategies in Central America Transnational Migrant Communities", trabajo presentado en el Latin America Labor and Globalization Trends Following a Decades of Economic Adjustment: a Workshop, organizado por el Social Science Research Council (SSRC) y FLACSO-Costa Rica, San José, Costa Rica 10 y 11 de julio.

Portes, Alejandro, Luis Guarnizo y Patricia Landolt (1999), "The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promises of an Emergent Research Field", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 22, no. 2, march, pp. 217-237.

Portes, Alejandro (1996), "Transnational Communities: Their Emergence and Significance in the Contemporary World-System", en Roberto P. Korzeniewicz, (ed.), *Latin America in the World-Economy*, Greenwood Press, Londres, pp.151-168.

Quilodrán, Julieta (2001), "Un siglo de matrimonio en México", en José Gómez de León y Cecilia Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional de Población (CONAPO), pp. 242-270.

Quilodrán, Julieta (2000), "Atisbos de cambios en la formación de las parejas conyugales a fines de milenio", *Papeles de Población*, año 6, núm. 25, pp.9-33.

Quilodrán, Julieta (1991), *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-El Colegio de México.

Rendón, María Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG)/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la Universidad Nacional Autónoma de México (CRIM-UNAM).

Rossetti, Josefina (1994), "Hacia un perfil de la familia actual en Latinoamérica y el Caribe", en *Familia y futuro. Un programa regional en América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, CEPAL/UNICEF, pp. 17-65.

Safilios-Rothschild, Constantina (1990), "Socio-economic Determinants of the Outcomes of Women's Income-Generation in Developing Countries", en Sharon Stichter y Jane L. Parpart (eds.) *Women, Employment and the Family in the International Division of Labor*, Philadelphia, Temple University Press, pp. 221-228.

Standing, Guy (1999), "Global feminization through flexible labor: a theme revisited", *World Development*, vol. 27, no. 3, pp. 583-602.

Szasz Pianta, Ivonne (1999), "La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina en México" en B. García (coord.), *Mujer, género y población en México*, México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE), pp. 167-210.

Traversa, María Teresa (2001), *Violencia en la pareja. La cara oculta de la relación*, Washington D.C., Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Tuirán, Rodolfo (1993), "Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987", *Comercio Exterior*, vol. 43, núm. 7, pp. 662-676.

Van de Kaa, Dirk (1987), "Europe Second Demographic Transition", *Population Bulletin*, vol. 42, núm. 1, marzo, pp. 3-57.

Wainerman, Catalina (2000), "División del trabajo en familias de dos proveedores. Relato desde ambos géneros y dos generaciones", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1, enero-abril, pp.149-184.